V-11
C-310

V.11 C.310

ELOGIO

DEL

DOCTOR JOSE GREGORIO HERNANDEZ

en la Academia Nacional de Medicina el
20 de Noviembre de 1919, según disposición reglamentaria,

POR EL DOCTOR

J. de D. VILLEGAS RUIZ
2º Vicepresidente de la Academia

CARACAS
Tip. Americana
1919

ELOGIO DEL DR. JOSE GREGORIO HERNANDEZ

A mi distinguido amigo
el Señor Doctor José E. Machado
Deferentemente
J. de D. V. R.

ELOGIO

DEL

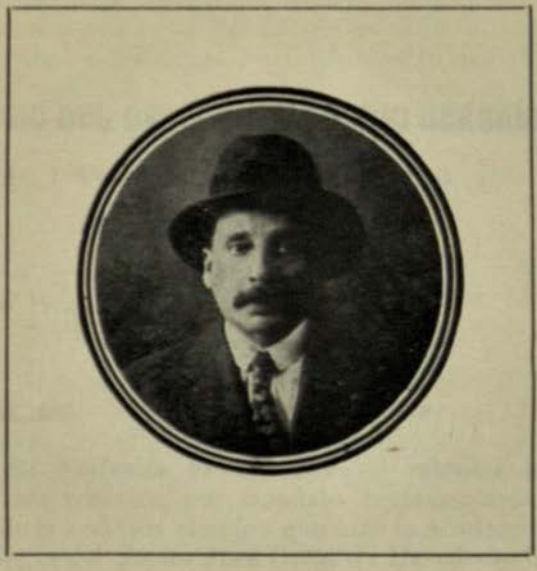
DOCTOR JOSE GREGORIO HERNANDEZ

en la Academia Nacional de Medicina el
20 de Noviembre de 1919, según disposición reglamentaria,

POR EL DOCTOR

J. de D. VILLEGAS RUIZ
y
2º Vicepresidente de la Academia

CARACAS
Tip. Americana
1919



DR. JOSE GREGORIO HERNANDEZ

ELOGIO DEL DR. JOSE GREGORIO HERNANDEZ

Por el Dr. J. de D. Villegas Ruiz

—

Señor Presidente;

Señores Académicos;

Señores:

Mi confusión es inevitable al intentar hacer hoy ante vosotros, por mandato reglamentario, y a raiz de la acertada elección que hizo la Academia, (*) un elogio del doctor José Gregorio Hernández!..... Es tan elevado el asunto!..... es tan grande mi deficiencia..... y..... por qué no decirlo?..... va a resultar tan inútil la labor!..... Vosotros no extrañaréis, sin duda alguna, esta mi última impresión, señores, expertos como lo sois en la justa apreciación de las humanas valorías, por vuestras luchas con el Dolor y por vuestro roce frecuente y obligado con las grandezas y las miserias del humano corazón.... Vosotros sabéis en efecto, cómo huelgan los elogios y cuán innecesarias son las alabanzas, en circunstan-

(*) La del doctor Salvador Córdoba, para ocupar el Sillón del doctor Hernández.

cias como éstas, cuando con ellos se trata de encomiar méritos y virtudes de un orden tan superior y por sí mismos tan excepcionales, que su esplendoroso brillo, como el de las estrellas, en vano intentaremos acrecentarlo, ni aun con el auxilio de la más poderosa de las lentes !.....

No osaré, pues, ocupar vuestra ilustrada atención, haciendo, propiamente, un elogio del doctor Hernández; y os ruego consintáis, que para la expedición de mi labor, me aparte un tanto de los usos y ajustes académicos, por ver de no incurrir en repeticiones fatigantes ; ya que los maestros del buen decir tan fielmente interpretaron el dolor y el luto de la Patria y de la Ciencia durante y después de la memorable, por lo insólita, apoteosis, que no otra cosa fué y seguirá siéndolo, el conjunto de las manifestaciones sociales motivadas por la inhumación del insigne compañero, cuya muerte, casi súbita, en el auge más radiante de su angélica existencia, en la plena actividad de sus grandes energías, y a causa de un accidente tan brutal y lleno de misterio por las circunstancias de tiempo y de lugar en que ocurrió, abisma el espíritu creyente en hondas reflexiones y pasma y aun conturba la mente del incrédulo !.....

Mi admiración más respetuosa, he aquí, señores, la única ofrenda que a mí me es posible traer aquí hoy, como las orobias de mi afecto, y para cumplir con mi deber, ante el recuerdo querido del respetado compañero, en quien yo me acostumbré a ver siempre como a un sér muy superior, ya en nuestra vida de colegiales, en los claustros del renombrado Instituto de mi ilustre tío y uno de mis inolvidables bienhechores, el doctor Guillermo Tell Villegas ; o en las aulas universitarias, en donde juntos cursamos la Medicina ; o en las Clínicas y Nosocomios y Laboratorios europeos; o en las diarias luchas de ésta nuestra amada profesión, que tanto supo él enaltecerla y que piedra de toque es, no so-

lamente de los puntos que se calzan en cuanto a la competencia científica del individuo, sino también, y lo que es de más valor para la Moral y de más alto interés para la sociedad : índice infalible de los quilates de su alma, de las prendas de su corazón y de los alcances de su cultura !.....

Oh !..... cómo vienen a mi mente en estos momentos, envueltos en melancólica penumbra los recuerdos de mi infancia !..... ; y cómo me conmueven el corazón al contemplarlos, a través de los años y en circunstancias tan tristes como éstas !..... Mi llegada, en 1878, de 9 años de edad, a esta noble y generosa y hospitalaria Caracas, que si es maravillosamente rica en los dones naturales, con que plugo a la Providencia embellecerla, es también insuperable por su alto espíritu de bondad y de justicia, como hija predilecta de la Gloria, ya que en élla vió la luz el más grande de los mortales y el más generoso de los hombres !.. ... Aquí conocí yo a Hernández, en diciembre de aquel año ; y cómo me impresionó él, niño también, cuando lo ví por primera vez en el Colegio, adonde había llegado, algunos meses antes que yo, de las queridas montañas trujillanas, majestuosos centinelas de nuestros amados hogares, que en pueblos muy cercanos entre sí, guardaban nuestros séres más amados y respetados : a su excelente padre el suyo, a mi buena madre el mío !..... Qué penosa confusión la mía, al sentirme tan lugareño ante aquel simpático jovencito, cuyos modales, tan amables, tan finos y afectuosos, al punto revelaban la nobleza de su estirpe y la hermosura de su corazón !..... Hernández me cautivó desde entónces, y para siempre, con las cariñosas atenciones que, con tacto muy exquisito, se dignaba prodigarme, para distraerme un tanto de aquella terrible nostalgia que, al recuerdo de mi madre, me inundaba el corazón ; atenciones que iniciaron nuestra amistad de adolescentes, que iba a durar hasta la tumba, siempre igual, y siempre respetuosa, a

tal punto, que nuestro trato tuvo siempre como un sello de etiqueta: jamás lo pude tutear!.....

Y cuántas cosas, sorprendentes, iba yo casi a diario descubriendo y edificado admirando en tan insigne compañero, providencialmente encontrado por mí, en el colegio, como un modelo, a la verdad muy difícil de imitar, de moral y de virtud y de extricto e inflexible cumplimiento del deber!.... Y qué temple el de su carácter, desde niño!... y cómo se agigantó ese carácter cuando hombre!... Es el carácter, señores, como lo ha dicho un gran pensador, una de las fuerzas motrices más grandes que existen en el mundo; es una propiedad; es el más noble de todos los dones; es un derecho al aplauso general y al respeto de nuestros semejantes; y el doctor Hernández desde niño fué un gran carácter: parecía que obraba a impulsos de un poder oculto, de una fuerza de reserva que secretamente y por su sola presencia se hacía sentir; sus medios de acción fueron única y exclusivamente sus virtudes; e incuestionablemente que él era de esa clase rarísima de hombres que obran sobre los demás por medio de una fuerza que se impone fatalmente y cuya imposición nos place soportarla, porque élla deriva única y exclusivamente de la virtud!.... Y en él se cumplieron a cabalidad tan hermosas virtualidades; pues respetado y querido y admirado y venerado de todos y por todos, durante todo el curso de su admirable existencia, ese cariño y ese respeto y esa admiración llegaron a lo nunca visto en sus manifestaciones, entre nosotros, el día inolvidable, por lo acerbamente doloroso, del entierro de sus despojos mortales, día cuya memoria pasará a la posteridad, en los fastos caraqueños, como un nuevo testimonio del espíritu de justicia y de la refinada cultura de esta noble sociedad de Caracas, siempre de facción para aplaudir y recompensar el Bién; y en guardia siempre para el rechazo y la reprobación del Mal!.....

Excéntrico a veces, hasta rayar en lo raro, por las frecuentes y mentales abstracciones de su sér, verdaderas escapadas hácia su vida interior, de creciente e incesante perfección, Hernández mostraba su carácter con acciones siempre dirigidas e inspiradas por integérrimos principios y por una sabiduría práctica, que un perenne estudio acrecentaba día tras día y que sólidamente cimentaba una constante reflexión..... Yo jamás lo ví tomar parte en nuestros juegos y travesuras infantiles; sus recreaciones favoritas consistían en el estudio del piano, instrumento éste que él llegó casi a dominarlo y con un arte y un gusto muy exquisitos; y en su intimidad con autores muy dilectos: en ocasiones ví a Plutarco y a Kempis y distintos volúmenes de «La Vida de los Santos» en sus manos..... Y no podré olvidar algunos incidentes de su vida íntima, los cuales, aunque de escasa trascendencia, a la verdad, no obstante no dejaron de impresionarme, por el carácter que en éllos dejó fácilmente traslucir. Cierto día regresábamos juntos de nuestras clases vespertinas universitarias, pues ya cursábamos el primer año de Medicina; y nos dirigíamos al Colegio, en donde Hernández había seguido viviendo en calidad de Inspector y Profesor. De pronto y de manera brutal e inesperada, se abalanza sobre él, en plena calle, un alumno del colegio, mozo robusto y fornido, de carácter duro e irascible y muy pendenciero, a quien Hernández había impuesto un castigo correccional, por cierta falta que, en su cátedra, había aquél cometido algunas horas ántes..... Ni lo brusco del ataque, ni el furor con que era realizado por el injusto y enloquecido agresor, quien descargaba, sin piedad, repetidos y terribles puñetazos sobre Hernández, le hicieron perder a éste su calma y sangre fría; sonreído, e intensamente pálido, agarró al joven por el cuello, con sus delicadas manos, como con aceradas tenazas, y tánta energía y fuerzas desplegó, que el fornido mozo

rodó bien pronto por el suelo; y corrido y avergonzado, de su incalificable acción, sometióse muy sumiso a la voluntad de Hernández, regresando, por órden de éste al colegio, de donde momentos antes se había escapado, con algunos otros compañeros, para poner en práctica aquel plan tan siniestro como desatentado.....

En agosto de 1913, encontrándome en Burdeos, de regreso para Venezuela, una tarde fuí gratamente sorprendido al ver al doctor Hernández salir de la Gare Saint Jean, adonde acababa de llegar de París y en su segundo viaje a la Cartuja de Lucca. Lo acompañaba, en esta vez, su hermana muy amada, Doña Isolina de Carvallo, quien de él iba a separarse en aquel puerto, para regresar a América. Mi encuentro fué para Hernández motivo de intensa satisfacción, pues su hermana ya tendría, con mi esposa y conmigo, compañeros de viaje; y ya no regresaría tan sóla, como él tánto lo temía. Jamás olvidaré la escena de la separación, al día siguiente, en la Gare Medoc, desde donde iba a llevarnos el tren hasta Pauillac, al costado del trasatlántico, que nos esperaba para conducirnos a la Patria. Hernández no nos dijo adiós, ni a su hermana ni a nosotros; aprovechando quizás alguno de los momentos que consideró más oportuno, se fugó, por decirlo así, de en medio de nosotros; y cuando salí del vagón para seguirlo, ya él se hallaba bien distante y con un pie en el estribo del primer coche que encontró a su alcance. Desde allí y antes de meterse de un todo en el vehículo, y como haciendo un esfuerzo, volteóse para atender a mis instantes llamadas, y con su diestra me hizo un afectuoso y triste ademán de adiós que mucho me conmovió. Quiso Hernández evitarle a su amorosa y buena hermana, el trance doloroso de tan terrible despedida, que él consideraba, tal vez, como la última, sin saber que Dios tenía dispuestas las cosas de otro modo: pues, una vez más,

le hizo ver que su puésto se lo tenía señalado entre nosotros y que era aquí en donde debía seguir, hasta su muerte, derramando toda la exquisita miel de sus riquísimos panales intelectuales y morales.

*
* *

Su piedad edificante e ilustrada, manifiesta visiblemente en sus tres purísimos amores: Dios, la Patria y la familia, ved ahí la virtud que más me impresionó desde niño, entre las muchas que a diario yo descubría en aquel invalorable còmpañero que tuve la fortuna de encontrar en Caracas; piedad que no era ese funesto sentimentalismo religioso, que entretiene a los que lo profesan, en los tiempos bonancibles o normales, para luego abandonarlos, desarmados e inermes, en las más graves tormentas de la vida; sentimentalismo detractivo para la Religión, que por él se expone a aparecer a los ojos de los incrédulos, como debilidad de almas afeminadas, despreciable para los corazones varoniles y para las inteligencias ávidas de la Verdad.

En efecto, señores, la Religión, considerada de esa suerte, es decir, como un sentimiento más o menos connatural, pero sin fundamento en la verdad objetiva, no es más que una cobardía del corazón, un fantasma atemorizador de las gentes sencillas o ignorantes, cuyos temores se esfuman y desvanecen ante los ardientes y cegadores ímpetus de las pasiones; ilusos que adorando a un Dios en quien no creen, porque no lo conocen, ni procuran conocerlo, a la postre nos resultan hipócritas o mentecatos!...

Y, con este compás hay que medir, por desgracia, a muchos seres que se profesan religiosos, sin profesar una religión; que hablan de Dios, sin atreverse a precisar si se trata de Júpiter o de Brahma, o de Alá, o de algún fetiche americano.

¡Nó! Religión sin dogmas definidos, positivos, delineados y *demostrables*, en cuanto a la razón de creer (ya que no pueden serlo en su verdad intrínseca), no es Religión, sino hipocresía, o debilidad, indigna de personas ilustradas o de los hombres de bien!...

Por eso, el católico de acción y el legítimo creyente, deben procurar, por todos los medios lícitos, ilustrar su piedad. Consentid, yo os lo ruego, señores, que os hable hoy aquí, de esa admirable y hermosa piedad del doctor Hernández, piedad ilustrada, lógica y reforzada consecuencia de su Fe, la cual, aunque basta a la verdad para las almas sencillas, cuando se arraiga firmemente en el corazón, en católicos como el doctor Hernández, requiere además fundaciones firmes en la razón, como él se las había construido por medio de una sólida y muy erudita instrucción religiosa!

Esa piedad del doctor Hernández, fué como la base y el ornamento de todas sus otras virtudes y la genitora indiscutible de todos sus éxitos y triunfos: como que todos sus esfuerzos y todas sus resoluciones muy fielmente los confiaba a la Divina Voluntad!...

Voy a hablaros, pues, de su Fé y de su Piedad; porque, para qué ocuparme aquí de su Ciencia y de su Sabiduría, tan brillantemente celebradas ya por los ilustrados panegiristas que a mí me han precedido; y durante años y a torrentes derramadas en la Cátedra universitaria, en la que fué dignamente jubilado; a cada momento puestas de manifiesto en las alcobas de sus enfermos, en donde más de una vez yo lo ví esclarecer con perfecta y lucida precisión problemas de Clínica difíciles y graves...; ciencia y sabiduría por doquiera pregonadas por sus numerosos discípulos, muchos de los cuales hoy son profesores que lo honran; y conocidas de todo Caracas y de casi todo Venezuela, no solamente por los beneficios que de éllas deri-

varon los que a él acudían llenos de dolores y de miserias, sino comprobadas también en documentos muy preciosos, que felizmente nos dejó, como testimonios elocuentes de su incansable laboriosidad y de su intensa pasión por el culto de las Letras.

De entre éstos, permitiréis que os recuerde: sus «Elementos de Bacteriología», obra ésta que se le impone al lector por su forma y por su fondo, y en la cual aparecen expuestos los asuntos, a veces tan áridos de esta tan bella rama de la Ciencia, con la misma sencillez y claridad que el ilustrado autor empleaba en la Cátedra que tánto enalteció... No puedo abstenerme de copiar aquí el hermoso párrafo final del prólogo de este libro: «Por lo que a nosotros toca, dice, hemos experimentado un vivo placer al escribir esta pequeña obra, porque además de que servíamos en la medida de nuestras fuerzas a la ciencia venezolana, hemos siempre tenido presente el pensamiento con que Cruveilhier termina el prólogo de su Tratado de Anatomía: «que escribir una obra científica, es propiamente entonar un canto de alabanzas a la Gloria infinita de Dios, Creador del Universo»... Sus estudios sobre «La Angina de Pecho de origen palúdico», por obstrucción de las arterias coronarias con el pigmento melánico; sobre la Bilharzia Mansoni, cuyo primer caso, observado entre nosotros, creo que fué él quien lo describió; su «Tratamiento de la Tuberculosis Pulmonar por medio del aceite de chaulmoogra», dadas las similitudes morfológicas que hay entre el bacilo de Hansen y el de Koch; su bello trabajo, entre otros de orden literario, titulado: «Visión de Arte», cuya lectura es sencillamente cautivadora...; sus «Elementos de Filosofía» publicados «por amor y por gratitud», como él dice: «por amor, porque el alma venezolana es esencialmente apasionada por la filosofía; las cuestiones filosóficas la conmueven hondamente; está deseosa siempre de dar solución a los grandes

problemas que en la filosofía se agitan y que élla estudia con pasión; y dotado él como los demás de su nación de ese mismo amor, publica su filosofía, la suya, la que vivió, pensando que por ser tan venezolano en todo, puede que élla sea de utilidad para sus compatriotas, como lo fué para él constituyendo la guía de su inteligencia. También la publica por gratitud: porque élla le hizo posible la vida, ya que las circunstancias que le rodearon, en casi todo el transcurso de su existencia, fueron de tal naturaleza, que muchas veces, sin esa filosofía, la vida le hubiera sido imposible...» «Confortado por esa filosofía, he vivido», dice, «y seguiré viviendo apaciblemente...; más, si alguien opina que esta serenidad, que esta paz interior de que disfruto a pesar de todo, ántes que a la filosofía la debo a la Religión santa que recibí de mis padres, en la cual he vivido y en la que tengo la dulce y firme esperanza de morir: Le responderé que todo es uno».

* * *

He aquí, señores, el purísimo manantial, la fuente salubre y generadora de esa Piedad ilustrada del doctor Hernández: su Fé!... «esa virtud sobrenatural, por la cual creemos firmemente todo lo que Dios ha revelado, porque El lo ha revelado. El que es la Verdad misma, que no puede ni engañarse ni engañarnos»; Fé que heredó de sus mayores y acreció de manera prodigiosa en su conciencia y en su corazón, como los talentos de la parábola, vigorizando su inteligencia y ensanchándole sus horizontes hasta los esplendores de las ciencias divinas y de las verdades sobrenaturales!..... Porque..... en verdad, señores, que hay muchas y muy grandes cosas que no nos es dable descubrirlas con las solas luces de nuestra razón!.. negarlo sería el colmo de la temeridad y el dintel

de la locura!..... Físicamente nosotros no somos infinitos; muy lejos de eso; nuestro ser es sumamente limitado; apenas ocupamos un punto en el universo: por arriba, por abajo, a nuestra derecha, a nuestra izquierda, no hay más nada de nosotros. El ojo más penetrante, la voz más sonora, el oído más fino, apenas alcanzan más allá de algunos kilómetros de nosotros!..... Y en lo moral? ah!..... en lo moral nuestro ser no es ménos limitado!..... Qué es la virtud de los más virtuosos y la sabiduría de los más sabios? David, adúltero y matador indirecto de Urías; Salomón, libertino e idólatra; ved a todos los filósofos de la Grecia y de Roma: el mismo Cicerón cuya memoria quedó tristemente desdorada por sus vicios vergonzosos!... Y es que no debemos olvidar, señores, que Dios, que conoce a fondo nuestra pobre naturaleza humana, salida de sus manos, y animada de su soplo, ya había dicho por boca del sabio por excelencia: «los apetitos, los sentidos y los deseos del hombre son inclinados al mal desde su juventud»..... Y el santo hombre Job, no gritaba en el profundo sentir de sus miserias: «Dios mío por qué me habéis hecho contrario a Vos?.... Y el gran Pablo satisfecho de sí, por su iniciación feliz en los secretos de Dios, no gemía amargamente, porque no hacía el bien que deseaba, y porque hacía el mal que detestaba? No se indignaba constantemente contra el ángel impuro que insultaba su debilidad? Los únicos seres satisfechos de ellos mismos son, señores, los fariseos, los malditos fariseos que han hecho divorcio con toda virtud; hombres de todos los tiempos y de todas las edades y de todas las sociedades; tornados hoy *en espíritus fuertes*, llenos de soberbia y del más refinado egoísmo; zoilos de todas las circunstancias y de todos los momentos, para quienes nada es bueno si en éllo no anda ni figura su yo, preciosísimo; verdaderos estorbos del Bién a quienes jamás

se les ocurre mirar detenidamente en su interior; ignorantes del «conócete a tí mismo», prudentemente grabado por la sabiduría griega en el frontispicio del antiguo templo de Delfos, como el primero y el más indispensable de los conocimientos que debe el alma poseer, para trepar, con seguridad, la escala de las ciencias y el camino de la perfección....

Apólogo o historia! esa máxima griega, tan prudente como sabia, no la tuvo sin duda alguna presente el gran San Agustín, en cierta bien conocida ocasión: Paseaba el gran convertido por las orillas del mar de Cartago; y cuéntase que, abismado en profundas meditaciones, ilusionábase ante la vana esperanza de forjarse, por lo ménos, una idea aproximada del Misterio de la Santísima Trinidad!..... De pronto se apercibió de que no estaba sólo, pues a algunos pasos de él, un niño de rostro angelical, había cavado en la arena un agujerito, en el cual y con una pequeña concha de marisco, vertía el niño el agua que en viajes repetidos traía muy afanoso del mar..... Sorprendido de tan extraño ejercicio y temeroso de que la razón de aquel pobre niño estuviese perturbada, San Agustín se le aproxima; y con voz, dulce y triste a la vez, le dice: por qué tantas idas y venidas; qué queréis hacer, querido niño?.... Lo que yo quiero, padre mío, es hacer entrar el mar, todo entero, en este agujerito, que al efecto he cavado. Pero eso es imposible; estás loco, hijo mío?.... Oh! yo loco? no, padre mío; o por lo ménos, el más loco de nosotros dos no lo soy yo. El Mediterráneo es muy grande, es verdad; y mi concha y mi agujero muy pequeños; pero ellos no son ni lo infinitamente grande, ni lo infinitamente pequeño; mientras que Dios, a quien Usted pretende encerrar en la esfera infinitamente pequeña de su razón, El sí que es infinitamente grande! ... El niño desapareció; y San Agustín regresóse a Cartago, más humilde que nunca!....

Una minúscula cavidad ante un océano de incógnitas y misterios: he ahí en realidad lo que es nuestra inteligencia a la cual tan locamente la consideramos capaz de alcanzarlo todo!.... En su orden y en el terreno de las ciencias hasta hoy a nuestro alcance y en los dominios de la filosofía, sería aún más infinito nuestro ser?

Hubo un loco que, en medio de su constante sollozar, se creía y se llamaba el más desgraciado de los hombres, porque bien se podía hacer un gran libro con todo lo que él ignoraba..... ..... ¡Cuántos millones de grandes libros se podrían hacer con todo lo que ignora el más sabio enciclopedista del presente y del porvenir!..... Tenemos acaso en las ciencias naturales la última palabra?... Qué son en el fondo los grandes progresos científicos, sino multiplicación de misterios y de incógnitas ya que cada paso que se avanza, es un nuevo horizonte que surge a nuestra vista, que nos precisa alcanzarlo para complemento del primero?

En el dominio de la Filosofía, en el análisis del ser y del conocer ¿ no estamos expuestos a cada momento a tomar lo falso por lo verdadero? Cuántos errores y contradicciones no llenan todavía el mundo?..... Cómo surgen, no diré las opiniones distintas, sino aún las más divergentes convicciones en medio de las agrupaciones de los hombres más sabios de la tierra?.....

Entre tántas incógnitas y misterios evidentemente que algunos hay, que de un modo especial nos interesan por sobre todos los demás: Dios, nosotros mismos, nuestro origen, nuestro último fin, nuestros destinos futuros, nuestros deberes, el camino que nos conducirá a la dicha y felicidad eternas, etc., etc. Y bienvenido el argumento o intermediario que nos anuncie estas cosas y nos las revele, poniéndolas a nuestro alcance, haciéndolas nuestras, connaturalizándonos con éllas. Acogiendo bien a ese intermediario, la

humana inteligencia no hará sino un acto de sabia prudencia y de razón iluminada; y lejos de avergonzarse de éllo orgullosa debería mostrarse. Pues este argumento, este intermediario, tan glorioso y eficiente, no es otro que la Fé, la única y sublime barca que puede, con firmeza y seguridad, conducirnos a lo ignoto e inaccesible. (*)

Nada economiza el hombre, ni en las circunstancias ordinarias de la vida, ni cuando se engolfa en lo más abstruso del estudio de las Ciencias, para suplir, o reemplazar, o acrecentar sus fuerzas naturales, cuando éstas se muestran impotentes para permitirle el alcance de la realización de su ideal. Largas y fatigantes investigaciones, vigilias y desvelos, todo el oro de que pueda disponer, todo, todo lo pone gustoso y decidido al servicio de sus propósitos..... Para sondear las profundidades de los cielos el astrónomo no ha vacilado un instante en armar la insuficiencia de sus ojos con el telescopio que agiganta los objetos y aproxima las distancias; para ensayar arrancarle a la naturaleza el secreto de la constitución íntima de los cuerpos, y sorprender detalles de organización que su extrema pequeñez oculta por completo, apresúrase el naturalista a recurrir al microscopio; en las inmensidades del mar, en el campo de batalla, el capitán del buque o el general de un ejército siéntense llenos de satisfacción con la posesión de un buen anteojo que con frecuencia les permite conjurar los más graves peligros; qué sería del miope o del présbite en sus trabajos de gabinete o en sus marchas por calles y caminos si no hicieran uso de sus benéficos cristales? Los maravillosos rayos catódicos nos permiten registrar con mirada zahorí lo íntimo de nuestras entrañas sin necesidad de que se abra nuestro cuerpo; y las hondas hertzianas, como por obra de magia, nos ponen al habla con nues-

---

(*) L'Abée Moigno.—Les Splendeurs de la Foi.

tros prójimos a través de las más inmensas distancias!...Qué pensaríamos del energúmeno que pretendiese organizar una cruzada contra los telescopios, microscopios, larga-vistas, antenas de Marconi, o los tubos de Crookes o los radio conductores de Branly, con el pretexto de que tales recursos, preciosísimos para nuestros sentidos, podrían ser considerados como una ofensa a la dignidad humana y un insulto para nuestra vista? Moderno Omar ni aún siquiera tendría en su descargo la conquista de vastos y riquísimos imperios!..... Sin duda alguna que al instante lo haríamos transportar a un manicomio!..... Pues la Fe, señores, en la idea tan justa que de ella nos da San Pablo, al definirla: «La sustancia de los bienes que nosotros debemos esperar; el argumento de las verdades que no nos aparecen», la Fe no es otra cosa que el telescopio, el microscopio, el larga-vista de nuestra inteligencia, cuyas fuerzas y energías ella centuplica al punto de permitirle penetrar en los dominios de lo sobrenatural.

Y aunque virtud sobrenatural como élla es, con la cual Dios se digna favorecer a quien de todo corazón se la demanda, la razón desprevenida nos la hace ver, no solamente como su aliada poderosa, sino como su más indispensable complemento en el camino de nuestra perfección. Comprendiólo así el Doctor Hernández y no contento con el goce interior y la dulce paz de su conciencia, que tan abundantemente le proporcionaba su Piedad, hija de su Fe, escribe como la profesión pública de ésta en el prólogo de su Filosofía; no olvidando, empero, en la práctica de su hermosa y meritísima vida, que la Religión no está toda en la Fe; pues si en verdad ésta es el cimiento, el nervio, que sostiene la alteza de esa palma, para que se levante al Cielo, la Religión consiste además en la Caridad, que es como el alma de su vida; la virtud que une al hombre con Dios y con sus prójimos; virtud

ésta en cuyo diario ejercicio sorprendióle la muerte tan llena de misterio, en su caso, por las circunstancias de tiempo y de lugar en que ocurrió y perfectamente comparable con el brusco tronchamiento del más hermoso de los lirios que alegran nuestros campos!.....

Paz a la memoria del insigne y excepcional compañero; y sea élla, en todo tiempo, ustorio poderoso de sus virtudes que incendie los corazones y las inteligencias con los ardores de la Fe; ya que el Doctor Hernández fué y seguirá siéndolo: símbolo glorioso de la perfecta armonía que existe, que ha existido y que existirá en todo tiempo entre aquélla y la Razón. *Dixi.*

Reg. 58.746
Clas. V11.910
BIBLIOTECA NACIONAL CARACAS